

La guerra en Ucrania, un conflicto mundial¹

The War in Ukraine, a world conflict

Por Gabriel Merino*

Fecha de Recepción: 01 de junio de 2022.

Fecha de Aceptación: 05 de septiembre de 2022.

RESUMEN

Ucrania es un territorio geopolítico clave en la disputa de poder mundial. El sistema mundial se encuentra en plena crisis de hegemonía estadounidense, deviniendo hacia el “caos sistémico”, en un proceso de aceleración de las tendencias estructurales de la actual transición histórica-espacial mundial. Entre estas tendencias se destaca la agudización de contradicciones entre polos de poder dominantes —el Norte Global— frente a los poderes emergentes, y su consecuencia es el desarrollo de una guerra mundial híbrida. Ucrania es un

territorio que se encuentra en el pliegue de una tensión fundamental, entre la expansión hacia el Este de la OTAN iniciada en 1997 por las fuerzas globalistas de los Estados Unidos, el Reino Unido y el Norte Global y, por otro lado, Rusia como potencia re-emergente y polo de poder mundial, cuyo “colchón estratégico” es China y el escenario actual de multipolaridad relativa. La propuesta del presente artículo es abordar esta contradicción tomando algunos elementos históricos y analizar las fracturas que atraviesan a Ucrania desde su constitución; el avance de la OTAN desde 1997-1999 y sus claves geoestratégicas; la capacidad de Rusia para frenar este avance y volver a convertirse en un polo de poder mundial; la centralidad de la disputa por la primacía en Eurasia y la dinámica de la escalada del conflicto.

Palabras clave: Guerra en Ucrania, Crisis de Hegemonía, OTAN, Eurasia, Rusia.

ABSTRACT

Ukraine is a key geopolitical territory in the global power struggle. The world system is

-
- 1 Parte del contenido de este artículo fue publicado en distintas notas y artículos durante los últimos meses: “La guerra en Ucrania: un conflicto mundial”, en *Agencia Paco Urondo* (2 de marzo de 2022); “La eterna marcha hacia el Este. El avance de la OTAN y el conflicto en Ucrania”, en *Jacobin América Latina* (16 de marzo de 2022); “El conflicto de Ucrania en mapas”, en *Pia Global* (28 de marzo de 2022).

* Doctor en Ciencias Sociales y Licenciado en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata. Investigador Adjunto del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, con lugar de trabajo Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Plata. Correo electrónico: gmerino@fahce.unlp.edu.ar

in the midst of a crisis of US hegemony, turning towards “systemic chaos”, in a process of acceleration of the structural trends of the current global historical-spatial transition. Among these trends, the sharpening of contradictions between dominant poles of power—the Global North—vis-a-vis the emerging powers stands out, and its consequences is the development of a hybrid world war. Ukraine is a territory at the fold of a fundamental tension, between NATO’s eastward expansion initiated in 1997 by the globalist forces of the United States, the United Kingdom and the Global North and, on the other hand, Russia as a power re-emerging and pole of world power, whose strategic cushion is China and the current scenario of relative multipolarity. The proposal of this article is to approach this contradiction taking some historical elements and analyzing the fractures that cross Ukraine since its constitution; the advance of NATO from 1997-1999 and its geostrategic keys; Russia’s ability to stop this advance and once again become a pole of world power; the centrality of the dispute over primacy in Eurasia; and the dynamics of the conflict escalation.

Keywords: *War in Ukraine, Crisis of Hegemony, NATO, Russia, Eurasia.*

Introducción

En las últimas dos transiciones de poder mundial —1791-1815 y 1914-1945— que dieron lugar primero a la hegemonía británica y luego a la hegemonía estadounidense, hubo una constante además de la guerra: la búsqueda de las potencias atlánticas occidentales de conquistar el «Espacio Euroasiático». Eurasia aparece como el tablero geopolítico central en la tradición del pensamiento estratégico occidental (Mackinder, 2010 [1904]; Haushofer, 1986) desde el inicio de su supremacía mundial a fines del siglo XVIII, luego de tres siglos de ascenso a través del colonialismo y el despliegue del poder militar de los beligerantes Estados modernos europeos. Es decir, una vez

que el sistema mundo capitalista moderno con centro en Occidente se vuelve realmente mundial a partir de la conquista de India, China y África —lo que significó el traslado del estado de guerra permanente en Europa a las posesiones ultramarinas con más de 100 guerras coloniales desde 1815 a 1914—, el dominio de Eurasia y el control/contención del espacio medio se convierten en el centro de la discusión geopolítica y de las disputas geoestratégicas entre grandes potencias occidentales.

La premisa formalizada por el pensamiento geopolítico anglosajón se resumió a la fórmula de que *la potencia que controle Eurasia controla el mundo*. Bajo esa fórmula, la discusión sería si la clave es el control del Heartland —el corazón continental inaccesible al poder de las potencias marítimas— como postuló Mackinder o el Rimland —la franja entre el corazón continental y los océanos desde se encuentran los grandes núcleos económicos y demográficos— como recalibró acertadamente Spykman (1942; 1944).

Hoy atravesamos nuevamente una transición histórico-espacial del sistema mundial, que presenta transformaciones estructurales más profundas que las anteriores por el desplazamiento del poder desde el Atlántico Norte hacia Asia Pacífico e Índico y el ascenso de grandes potencias no occidentales. Además, observamos el surgimiento de nuevos modelos de producción y desarrollo —en donde se destaca China y su “socialismo de mercado”— que muestran una gran expansión de la economía real en contraste con el estancamiento occidental y el agotamiento del capitalismo financiero neoliberal y su modelo de globalización. El ascenso en Eurasia de poderes emergentes —encabezados por China y Rusia— que convergen con fuerzas tendientes a configurar un mundo multipolar, contradicen la primacía anglo-estadounidense sobre dicho espacio continental y significa una amenaza vital a su hegemonía (ya en crisis).

Lejos de ser una excepción, la guerra es inherente al sistema mundial moderno capitalista. Entre 1495 y 1975 las grandes potencias occidentales estuvieron en guerra durante el 75% del tiempo, comenzando una guerra cada 7 u 8 años (Fiori, 2009). La acumulación sin fin de capital necesita y se retroalimenta de la acumulación sin fin de poder político-militar, esta es la naturaleza del imperialismo capitalista moderno. La competencia inter-estatal y, por otro lado, la concurrencia entre capitales, están inherentemente relacionadas. Por esta razón, se sostiene en un trabajo anterior donde se analiza la guerra en el Este de Ucrania como expresión de una nueva fase de la crisis del orden mundial (Merino, 2016), que la crisis económica que estalla en 2008 y golpea en particular al Norte Global con una década de estancamiento relativo² está en relación no sólo al agotamiento del patrón de acumulación neoliberal, sino también a la incapacidad para subordinar a las potencias emergentes.

El escenario central del conflicto es nuevamente el corazón de Europa o, en realidad, dos bisagras clave de Eurasia: la Gran Llanura Europea y el Mar Negro. El conflicto aparece como un enfrentamiento entre las fuerzas armadas ucranianas y las milicias nacionalistas que responden a Kiev contra las fuerzas armadas rusas y las milicias pro-rusas del Este de Ucrania. Pero el conflicto es entre Rusia y la OTAN y, en términos globales, expresa una contradicción estructural del sistema mundial en crisis, que deviene antagónica. Resulta central observar que no se trata solamente de un conflicto local o sólo entre dos Estados, sino que en realidad dichas escalas están articuladas a un conflicto de escala mundial. Por ello, re-

sultan objetivos centrales del presente trabajo observar las características de dicha contradicción, la naturaleza del conflicto entre Rusia y la OTAN, y la dinámica de las distintas escalas del conflicto y su articulación.

Una hipótesis clave con la que se trabaja es que la pandemia del COVID-19 aceleró las tendencias fundamentales de la transición histórico-espacial contemporánea y de la crisis de la hegemonía estadounidense. A partir de ello, se establece un nuevo momento geopolítico mundial, el quinto si analizamos la transición geopolítica iniciada en 1999 (Merino, 2021a). Se analiza que la escalada y el cambio en la forma dominante en que se desarrolla la guerra en Ucrania está en relación con este nuevo momento en el cual las potencias emergentes (con China como protagonista) aumentaron su poder relativo a nivel mundial y en Eurasia en particular, contrastando con el declive relativo del viejo polo de poder dominante que ya no es hegemónico.

Ucrania es un territorio geopolítico clave en la disputa de poder mundial, que se encuentra en el pliegue de una tensión estructural entre la expansión hacia el Este de la OTAN iniciada en 1997 por las fuerzas globalistas de los Estados Unidos, el Reino Unido y el Norte Global y, por otro lado, Rusia como potencia re-emergente, cuyo “colchón estratégico” es China y el actual escenario de multipolaridad relativa. Moscú, luego de su profundo declive durante la *belle époque* neoliberal unipolar, tiene ahora no sólo la capacidad de frenar este avance sino reconstruirse como uno de los principales polos de poder mundial —aunque por debajo del polo anglo-estadounidense y de China.

Las tensiones constitutivas de Ucrania

Desde 2014, el conflicto que atraviesa Ucrania se expresa como una guerra híbrida cuyo núcleo es el Donbás. Allí se enfrentan las fuerzas de las proclamadas repúblicas populares separatistas filo-rusas de Donetsk y Lugansk,

2 Es sintomático el estancamiento de Europa y Japón desde entonces, y un proceso de hiperfinanciarización por parte de los Estados Unidos para poder tener tasas positivas de crecimiento, lo cual se trabaja en Merino (2021).

apoyadas por Moscú, contra las fuerzas dominantes del Estado ucraniano pro-occidentales apoyadas por la OTAN —especialmente por los Estados Unidos y el Reino Unido. Antes de febrero de 2022, este conflicto contabilizaba 14.000 muertos, en su mayoría filo-rusos. En realidad, dicha territorialidad jurisdiccional del conflicto expresa una fractura político social entre la población étnica y lingüísticamente rusa y la población étnica y lingüísticamente ucraniana. Esto a su vez se traduce en una territorialidad geopolítica a partir de la fractura entre el Sur y el Este filo-ruso y el Norte y el Oeste filo-occidental, cuya línea divisoria es el arco que va desde Jarkov al noreste del país hasta la ciudad de Odesa en el suroeste³.

El propio Henry Kissinger, uno de los principales estrategas estadounidenses, advertía en un artículo periodístico febrero de 2014 que Ucrania era un país fracturado y que forzar su anexión a “Occidente” sólo iba a traer inestabilidad:

El Occidente [de Ucrania] es mayoritariamente católico; Oriente es en gran parte ortodoxo ruso. El occidente habla ucraniano; el oriente habla principalmente ruso. Cualquier intento de un ala de Ucrania de dominar a la otra, como ha sido el patrón y la tendencia histórica, conduciría eventualmente a una guerra civil o una ruptura. Tratar a Ucrania como parte de una confrontación Este-Oeste hundiría durante décadas cualquier posibilidad de llevar a Rusia y Occidente, es decir a Rusia y Europa, a un sistema internacional cooperativo (Kissinger, 2014).

La fractura política y cultural también se articula con una lucha entre fracciones de capital y grupos de poder que, desde la constitución de

Ucrania, disputan por la hegemonía en dicho país sin lograr imponerse. Los tres principales grupos-fracciones son los llamados “clanes” de Kiev —ligado en su momento al Partido Socialdemócrata ucraniano e impulsor de la revolución naranja en 2004 bajo el liderazgo de Yulia Timochenko—, el de Dnipropetrovsk —núcleo central del poder en la Ucrania post-soviética, ligado al Partido Laborista y donde competían el grupo “Privat” de Igor Kolomoisky y Gennady Bogolyubov— y en tercer lugar la fracción de Donetsk. En este último resalta el grupo SCM del magnate Rinat Ajmétov, con centro en dicho óblast siderúrgico y carbonífero (donde se encuentra la gran cuenca hulla de Ucrania), estrechamente vinculado con el Partido de las Regiones filo-ruso (Avioutskaa, 2010; Otárola Sechague, 2019).

El arco este-sur filo ruso es la región económica más dinámica del país y el Donbas su principal región, conformada por las provincias de Lugansk y Donetsk, en la cual vivían antes de la guerra unas 6 millones de personas y se producía el 30% del total de las exportaciones ucranianas. Esta región está muy integrada con la economía rusa —forma parte del valle del río ruso Don que desemboca en el Mar de Azov— y cuenta no sólo con la principal zona industrial de herencia soviética, sino también con buena parte de las famosas “tierras negras” de extraordinaria fertilidad.

En los óblast o provincias del sureste ruso-filo tenía su fortaleza el Partido de las Regiones del depuesto presidente Victor Yanukóvich, proveniente de Donetsk. Este fue desplazado por los levantamientos pro-occidentales conocidos como el Euromaidán, iniciados el 13 de noviembre de 2013 en respuesta al aplazamiento de Yanukóvich a firmar la incorporación ucraniana a la Unión Europea y en su lugar la firma de acuerdos sustanciosos con Rusia por 15.000 millones de dólares. Este proceso terminó finalmente con su destitución por decisión de la Rada Suprema el 22 de febrero de 2014 y la restitución de la constitución de 2004 surgida

3 Odesa es una famosa ciudad portuaria sobre las costas del Mar Negro creada por un decreto de Catalina la Grande en 1794 como la principal puerta marítima del sur del Imperio ruso.

al calor de la revolución naranja promovida por los pro-occidentales y las fuerzas globalistas de Occidente. Fueron 82 las víctimas fatales por la represión estatal y más de 1.800 heridos, mientras que 7 muertos y 200 a 300 heridos tuvieron las fuerzas oficiales. Se observó un gran número de llamadas “autodefensas” organizadas por los grupos ultranacionalistas pro-occidentales de extrema derecha, calculadas por entonces en 12.000 miembros. El golpe pro-occidental del bloque liberal-nacionalista ucraniano —que contó con el protagonismo de funcionarios estadounidenses, especialmente de Victoria Nuland que se desempeñaba como Secretaria para Asuntos Europeos y Euroasiáticos del Departamento de Estado— buscó resolver el *empate hegemónico* y poner en marcha un programa consistente en lograr la integración de Ucrania la OTAN, la incorporación a la Unión Europea, el restablecimiento de la constitución de 2004, un acuerdo con el FMI que “viabilice” la transición, la progresiva eliminación de partidos políticos identificados como filo-rusos y/o comunistas, la “ucranianización” del sureste y la definición de la Federación de Rusia como antagonista principal. El obstáculo para este programa era la realidad política y económica del sur y el este ucraniano, que se corresponde con el predominio cultural y lingüístico ruso, lo que impide al bloque liberal-nacionalista atlantista construir una “nación” culturalmente homogénea y “occidental”. Por lo tanto, buscaron avanzar en una transformación étnica-cultural, buscando producir el proceso inverso al de la “rusificación” llevado adelante durante el estalinismo en los años treinta. En este marco debe entenderse las medidas de ilegalización del idioma ruso —el cual es el principal idioma en el Sur y el Este—, la prohibición del cine y las series rusas⁴ y la política de persecución a los

rusófonos propiciada por los grupos ultranacionalistas, muchos de ellos identificados con las ideas neonazis⁵. En este sentido, gran parte del programa de estos grupos nacionalistas de extrema derecha —cuya raíz es el Partido Nacional Socialista ucraniano fundado en 1991 y luego renombrado como Svoboda (“libertad”)— fue ganando terreno en el bloque político surgido luego del Euromaidán, lo cual también se correspondió con la institucionalización dentro de las fuerzas armadas como en distintos estamentos del Estado post-2014.

La cuestión nacional está en el centro del conflicto y se remonta a la propia construcción del Estado ucraniano surgido tras el desmoronamiento de la URSS en 1991. Este tuvo como antecedente una corta experiencia histórica como Estado independiente entre 1917 y 1921. Luego quedó fracturado en 1922 con el oeste bajo control polaco y el este como República Socialista Soviética de Ucrania. Hipótesis que hoy vuelve a estar sobre la mesa.

de comunicación considerados pro-rusos, cerrando tres canales de televisión (acusando a su propietario de financiar a los separatistas) y sanciones contra personas y empresas ucranianas y rusas por los mismos cargos. Además, avanzó contra Viktor Medvedchuk, un interlocutor central con el Kremlin, y cuyo partido cuenta con un importante apoyo social.

- 5 Un hecho significativo fue la masacre de Odesa el 2 de mayo de 2014, donde manifestantes filo-rusos que pedían la realización de un *referéndum* a favor de establecer la República Autónoma de Odesa —siguiendo el ejemplo de Crimea del 16 de marzo de 2014— fueron atacados por grupos ultranacionalistas anti-rusos encabezados por Sector Derecho. Cuando los manifestantes se refugiaron en la Casa de los Sindicatos, los pro-occidentales la incendiaron provocando 48 víctimas fatales.

4 En este sentido, en febrero de 2021, el gobierno de Zelenski anunció importantes sanciones contra los políticos y los medios

El Estado en tanto relación social de poder que expresa una condensación de fuerzas políticas, constituye el aspecto político de la dominación de un territorio social y significa el monopolio de la violencia legítima. Dicha legitimidad brota de la existencia de una comunidad política y está estrechamente vinculada con la idea de nación: “La nación es el arco de solidaridades que une al “nosotros” definido por la común pertenencia al territorio acotado por un Estado” (O’Donnell, 1978: 1190). La nación es una categoría histórica atravesada por tensiones que tiende a circunscribir en el espacio y el tiempo a una población. Se identifica con una lengua común, una historia común, ciertos valores y una identidad común, de lo que se desprende una necesidad política común; a la vez que se relaciona con el hecho material de un mercado nacional. Sin embargo, estos elementos pueden ser atributos de una nación, pero no la definen en términos absolutos, sino que varían según las situaciones. Nación y Estado son categorías que se retroalimentan dialécticamente, pero no linealmente. Como dice Renan (1987 [1882]) “una nación es la posesión en común de un rico legado de recuerdos”, una historia común construida para forjar una identidad; y, por otro lado, “es el consentimiento actual, el deseo de vivir juntos, la voluntad de continuar haciendo valer la herencia que se ha recibido indivisa”, es decir, una solidaridad social basada en la identidad recreada. En el caso ucraniano, se trata de un país en donde se hablan idiomas diferentes (aunque similares), existen elementos culturales diferentes (rusos étnicos frente a ucranianos étnicos, etcétera), pero que pertenecen una familia cultural común y que comparten una historia troncal común que identifica al Rus de Kiev con el inicio de Rusia y de Ucrania. Sin embargo, la fractura en el poder y la puja entre proyectos políticos estratégicos que devienen en antagónicos, se articulan con dos idearios de nación: la ucr-

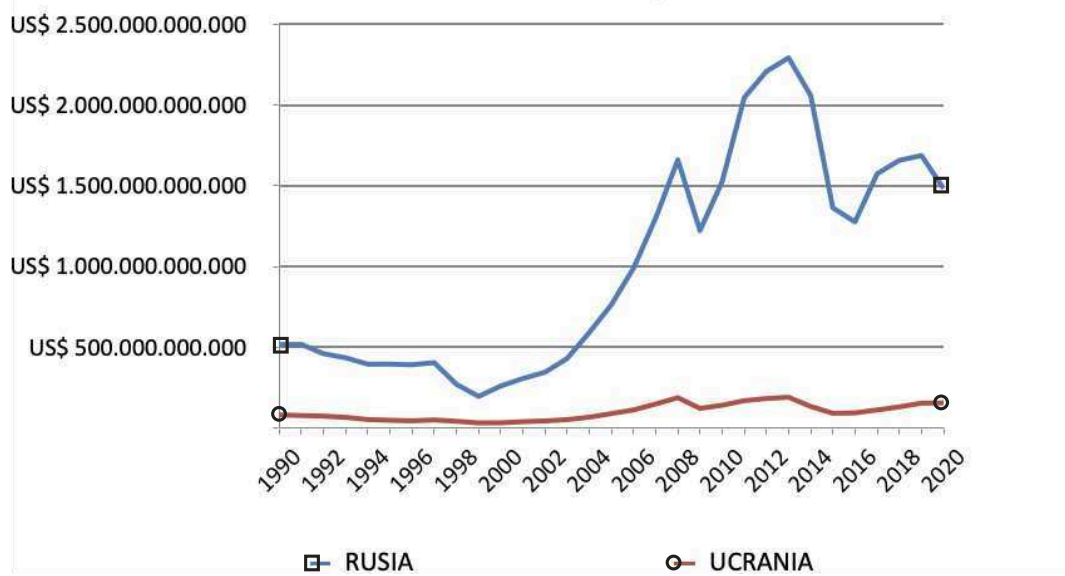
niana filo-rusa que resalta el tronco cultural común y observa matices nacionales de una misma tradición eslava y, en contraposición, la idea ucraniana filo-occidental que se define no sólo estructuralmente distinta a la de Rusia sino en antagonismo con ella en tanto “otro” opresor. Ello se corresponde con dos grandes historias nacionales que atraviesan y disputan el territorio; y que, por ejemplo, identifican al líder ucraniano Stephan Bandera como el gran referente nacional de una Ucrania independiente y vinculada a Occidente, o como un colaboracionista nazi que fue responsable de atroces genocidios durante la Gran Guerra Patria o Segunda Guerra Mundial. Es decir, aquí se observa una fractura en el Estado como “idea colectiva” que otorga legitimidad y hace posible la relación entre gobernantes y gobernados, lo que se traduce en una crisis del Estado como monopolio del poder simbólico y de la violencia legítima propio de la situación de empate catastrófico (Linera, 2008: 392-393).

La fragilidad económica en Ucrania también es un elemento importante para explicar la situación de crisis orgánica. Como se observa en los gráficos 1 y 2, a diferencia de Rusia y otros países de la ex Unión Soviética muy vinculados a Moscú, en Ucrania no sólo no existió una recuperación luego del desastre de los años noventa del siglo pasado, sino que su PIB per cápita en dólares constantes (PPA) está 20% por debajo de 1990 (Tooze, 2022). Una mirada del Estado más allá de la cosificación de la maquinaria institucional que cristaliza un sistema de mediaciones, implica no sólo observarlo como relación social y maquinaria burocrática administrativa, sino también como organización de un espacio económico que garantiza la reproducción de la sociedad. En este sentido, la crisis orgánica del Estado —que en última instancia significa la ruptura del monopolio de la violencia legítima—, está no sólo relacionada a la fractura del poder y la disputa por proyectos políticos estratégicos,

sino también con la imposibilidad de tener éxito en garantizar la organización de la vida económica. En resumen, la crisis estatal involucra los planos políticos, económicos e ideológicos, en un país con pocos años de vida propia

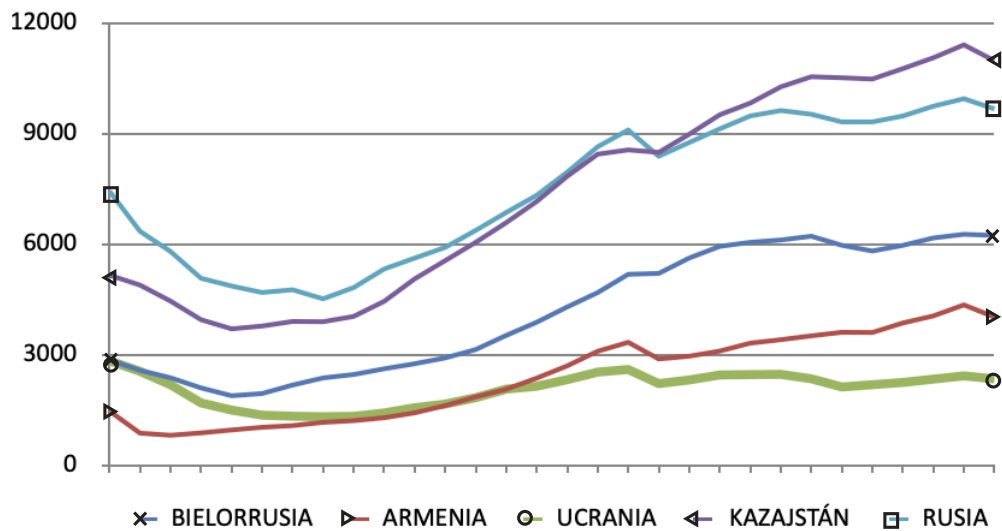
como Estado independiente y que es clave para Rusia mantener bajo su influencia como también para las fuerzas dominantes de los Estados Unidos y Occidente.

Gráfico 1: PBI en U\$S a precios actuales



Fuente: elaboración propia en base a datos del Banco Mundial

Gráfico 1: PBI per cápita (U\$S a precios constantes de 2010)



Fuente: elaboración propia en base a datos del Banco Mundial

En este escenario y como ya lo anticipaba Kissinger, intentar resolver el empate hegemónico mediante la imposición de una de las fuerzas político-sociales iba significar una fractura territorial. Con el agregado de que ello se articula, necesariamente, con una puja inter-estatal entre Kiev y Moscú dándole otra dimensión al conflicto. Desde la perspectiva dominante en la Federación de Rusia, Ucrania forma parte de la gran nación rusa, en tanto gran identidad nacional que agrupa a otras naciones —como de hecho sucede fronteras adentro donde una cuarta parte de su población no es étnicamente rusa. Se trataría de “un mismo pueblo divi-

dido artificialmente” (Ishchenko, 2022). Esto se refuerza con el hecho de que en Ucrania viven casi un 20% de rusos —60% en el caso de la Península de Crimea recuperada/aneccionada a Rusia en 2014— y ese porcentaje aumenta considerablemente si observamos la cantidad de personas que hablan ruso como su lengua principal (Ver mapa 1). Además, una Rusia re-emergente durante la era Putin y que se fortalece al compás de las nuevas dinámicas de poder en Eurasia, tiende a aumentar su influencia en el espacio post-soviético, siendo Ucrania un territorio estratégico.

Mapa 1: Grupos étnicos y lingüísticos en Ucrania



Fuente: Goncharova, Montaner y Ryzhykov (2014).

Mapa 2: Gran Llanura Europea



Fuente: marcas propias sobre mapa extraído de Wikipedia.

La historia, el espacio y Eurasia

Primero fue el Imperio francés encabezado por Napoleón Bonaparte quien buscó hacerse del control del continente europeo y, para ello, derrotar al imperio ruso, elemento clave en el equilibrio de poder continental⁶. Después

del triunfo de Rusia sobre la Francia imperial napoleónica, que los rusos denominaron «Guerra Patriótica», el imperio británico terminó de vencer al imperio francés en Waterloo (1815) para erigirse como nuevo hegemon. Además de la subordinación de China, la competencia por África y la neocolonización de América Latina, una de las premisas geoestratégicas de Londres fue contener al imperio

6 En realidad, la primera gran invasión que sufrió Rusia fue de los polacos, pero no tuvo la importancia de lo que vendría después. Como observa Tim Marshall, “uno puede pensar que a nadie se le va a ocurrir invadir Rusia, pero no es así como lo ven los rusos, y con razón. En los últimos quinientos años han sido in-

vadidos varias veces por el oeste (...) Los rusos han tenido que combatir al enemigo, en el interior o en los alrededores de la llanura nordeuropea, una vez cada treinta tres años” (2015: 29).

ruso e impedir su salida directa a los océanos. A diferencia de Francia, Gran Bretaña en tanto gran potencia marítima pero relativamente débil en su poder terrestre desarrolló una estrategia envolvente y predominantemente indirecta, lo que dio lugar al llamado «Gran Juego». La Guerra de Crimea (1853-56) en el mar Negro o la formación de Afganistán como “Estado tapón” entre la expansión rusa hacia el Sur (en busca de una salida al Océano Índico) y las posesiones coloniales inglesas en el territorio actual de India y Pakistán, fueron expresiones de este conflicto secular.

Más tarde, en el siglo XX, durante la transición del sistema mundial de 1914-1945 y una nueva guerra de 30 años, sería Alemania la que buscó en la expansión continental —y ante su falta de colonias en relación a los imperialismos competidores— un nuevo estatus en la jerarquía del poder mundial. Esta expansión incluía el control de Ucrania como gran proveedor de materias primas, especialmente alimentos. En junio de 1941, Berlín invadió dicho territorio y lo controló hasta 1944, cuando fue derrotada por la URSS. El triunfo soviético en la «Gran Guerra Patriótica», echó por tierra la estrategia germana de convertir a Ucrania en su granero y controlar la franja territorial euroasiática que va del Atlántico al Pacífico. La Segunda Guerra Mundial tuvo como saldo para la URSS de entre 20 a 27 millones de muertos y el 73% de los soldados alemanes del Tercer Reich cayeron en el frente Oriental, donde se decidió el resultado final.

Luego de la derrota de la Unión Soviética en la Guerra Fría y su disolución a partir de 1991, avanzar hacia el Este también sería una premisa geoestratégica fundamental de las fuerzas globalistas con centro en los Estados Unidos y el Reino Unido, en pleno momento unipolar. Esto fue acompañado, con cierta precaución, por los grupos dominantes de Francia y Alemania. Fue en 1997 cuando esta premisa de avance hacia el Este comenzó a ponerse en marcha más decididamente.

El eterno obstáculo de esta tendencia histórica de los últimos 200 años es Rusia. La zarista, la soviética y, ahora, la eurasianista liderada por Vladimir Putin. Moscú, por su parte, se piensa en términos geopolíticos como una gran fortaleza asediada, con 20.000 kilómetros de fronteras que defender y vulnerable por todos los flancos salvo el Ártico (hasta ahora, algo que el cambio climático puede modificar). Por ello, para gran parte del pensamiento estratégico ruso la clave es dominar los territorios periféricos y extender lo más posible dicho dominio con el fin de amortiguar las distintas amenazas provenientes de sus flancos y, en particular, de Occidente. Así también, Rusia justificó históricamente su propio expansionismo imperial, aunque es justo decir que la idea de fortaleza asediada se corresponde bastante con la imagen que brinda el conjunto de bases militares de los Estados Unidos y la OTAN que rodean su territorio, lo cual resaltan los funcionarios rusos⁷.

Para Moscú el flanco principal se encuentra en la Gran Llanura Europea que se inicia en Francia y termina en los Montes Urales. Por allí provinieron las amenazas existenciales durante los últimos cuatro siglos y en particular en las grandes transiciones de poder de los últimos doscientos años. La planicie se inicia en los Pirineos y el Océano Atlántico, pasa por los Países Bajos y recorre todo el norte de Europa occidental hacia el este ampliándose a lo ancho como un embudo hasta chocar con los Montes Urales. El 80% de la población rusa de un total de 144 millones vive en el área de

7 Los Estados Unidos y otros países occidentales tienen desplegadas en las fronteras rusas unas 400 bases y otros objetos militares, denunció el viceministro ruso de Defensa, Anatoli Antónov, en abril de 2014. RT, 18 de abril de 2014. Disponible en: <https://actualidad.rt.com/actualidad/172407-otan-rusia-bases-fronteras-asedio>

la planicie europea contigua a Ucrania, Bielorrusia y los países Bálticos, ubicada entre las ciudades de San Petersburgo, Kazán y Volgogrado, en cuyo centro está Moscú. Si Ucrania y Bielorrusia quedasen bajo la influencia estratégica de la OTAN, Moscú quedaría muy vulnerable, con una indefendible frontera de más de 2.000 kilómetros de terrenos llanos, en lugar de los 600 kilómetros que hay entre Kaliningrado y los Montes Cárpatos (Mapa 2). Además, Moscú perdería buena parte de su influencia determinante en el Mar Negro y quedaría bajo la amenaza de armas de destrucción masivas a pocos minutos de su capital, sin tiempo suficiente para defenderse⁸.

Por ello, el avance euroatlántico desde 1997-1999 enciende las alarmas existenciales en Rusia, donde interpretan la extensión de la OTAN con una traición a los acuerdos de Mijail Gorbachov con las potencias occidentales en 1989-1991, definidos en la frase “ni una pulgada hacia el Este”.

La respuesta a las primeras formulaciones de la expansión de la OTAN es el desarrollo de la “doctrina Primakov” en 1997, que lleva el nombre del entonces canciller de Rusia. Esta doctrina consiste en: 1) la defensa del multilateralismo y apuesta al multipolarismo frente al unilateralismo y la hegemonía estadounidense; 2) el mantenimiento de la influencia de Rusia en las ex repúblicas soviéticas y el Medio Oriente; y 3) la promoción de una alianza entre Rusia, China e India como un triángulo estratégico para contrabalancear el poderío estadounidense. Poco después vendría la caída del presidente neoliberal Boris Yeltsin y la llegada

de Vladimir Putin al poder, expresando un giro nacionalista eurasianista contrapuesto al globalismo, al atlantismo y al neoliberalismo⁹. Es decir, a partir de allí se acabaron las ilusiones liberales y atlantistas en Rusia, lo cual coincide con una reacción en toda la semiperiferia mundial contra el unipolarismo estadounidense-anglosajón, el programa neoliberal del Consenso de Washington y el avance de las fuerzas globalistas (Merino, 2015; 2016).

Por otro lado, la influencia sobre Ucrania es clave para re-construir el proyecto de una gran Rusia euroasiática por varias razones. Su considerable población de más de 40 millones de habitantes. Su extensión territorial equivalente a la de Francia y su ubicación estratégica en el pivote de Eurasia. La fertilidad y extensión de sus tierras, así como su importante producción agrícola excedente. El desarrollo de la industria pesada en el este, herencia de la caída Unión Soviética. Además, la base rusa de Sebastopol en Crimea es la principal para su Flota del Mar Negro, que opera también en el Mediterráneo y el Mar de Azov. Una gran vulnerabilidad de Rusia es que salvo en la alejada costa del Pacífico, lejos de su núcleo central, no tiene una clara salida a los océanos y tiene que pasar por estrechos que pueden ser cerrados por las potencias marítimas. Rusia es ante todo una gran potencia terrestre —la gran potencia terrestre euroasiática— y aunque posea miles de kilómetros de costa no es una potencia marítima, siendo un obstáculo su propia geografía. Perder la primacía en el Mar Negro implicaría un enorme retroceso geopolítico.

El gran problema para Rusia es quedar rodeado por todos los flancos, como ocurrió con la URSS y se observó en Afganistán en los años '80. Ello hace al control del Rimland:

8 Recordemos que la llamada “crisis de los misiles” o “crisis de octubre” de 1962 se disparó cuando la Unión Soviética contestó el despliegue por parte de Washington de misiles balísticos con ojivas nucleares en Italia y Turquía con la instalación de bases para misiles nucleares de alcance medio en Cuba.

9 También Duguin (1997) formula para ese entonces una de sus obras fundamentales, en donde se rescata el Eurasianismo y el pensamiento de Karl Haushofer.

el Rimland contiene el Heartland según la fórmula de N. Spykman, y quienquiera que controle la tierra del borde continental euroasiático, eventualmente controlaría la Isla del Mundo, y quien controle la Isla del Mundo controlará el mundo. Pero China, India, Irán, Siria y las nuevas dinámicas euroasiáticas rompen este esquema de control y suenan las alarmas en Occidente, donde siguen estos razonamientos geopolíticos. De hecho, China es hoy por hoy el principal polo de poder ubicado en el Rimland, y está asociada al principal polo de poder del Heartland que sería Rusia.

El avance la OTAN hacia el Este

Cuando comenzó a gestarse la nueva marcha hacia el Este de los Estados Unidos y aliados, en un famoso artículo publicado en el *New York Times* en 1997, George Kennan (1997), formuló la siguiente afirmación:

Expandir la OTAN sería el error más fatídico de la política estadounidense en toda la era posterior a la Guerra Fría. Se puede esperar que tal decisión estimule las tendencias nacionalistas, antioccidentales y militaristas en la opinión rusa; tener un efecto adverso en el desarrollo de la democracia rusa; restaurar la atmósfera de la Guerra Fría en las relaciones Este-Oeste e impulsar la política exterior rusa en direcciones que decididamente no son de nuestro agrado¹⁰.

Kennan fue uno de los referentes diplomáticos e intelectuales de los Estados Unidos en la Guerra Fría y quien protagonizó la política de contención contra la URSS. Para él, los Estados Unidos como potencia marítima debía

rodear la «Isla continente» de Eurasia y articular a las principales estructuras económicas del mundo para dejar aislada a la gran potencia terrestre. Muy distinto era avanzar hacia el corazón continental de Eurasia y tocar las puertas de Moscú luego de su caída. Era una provocación innecesaria y contraproducente.

Pero esa posición quedó en clara minoría. Fueron las ideas de otros, como las del neorrealista Zbigniew Brzezinski (1997; 2004) las que condensaron en buena medida el pensamiento dominante en el *establishment* globalista estadounidense de los años noventa y su pretensión de avanzar hacia un Imperio global. La transnacionalización del poder económico -liderada por las redes financieras y sus empresas transnacionales con centro en Wall Street y Londres y la red de nodos globales- requería la transnacionalización del poder político-militar más que la simple extensión del existente. El salto dado en la economía mundial impulsaba un nuevo salto en la escala del poder político y militar y en la centralización del poder. En este rediseño del orden mundial, el avance de la OTAN, a pesar de la desaparición de la URSS, se consideró estratégico.

En relación con el espacio euroasiático, para Brzezinski (1997) Ucrania constituye un pivote geopolítico y su propia independencia transforma a Rusia: sin Ucrania, Rusia no es una potencia euroasiática ni un polo de poder con proyección mundial, apenas se trata de una potencia regional asiática. Es decir, representaría algo así a como cuando España perdió Portugal en 1668, fracturándose la Península Ibérica y favoreciendo al Imperio Británico. Por lo tanto, desde esta visión resulta clave quitar a Ucrania de la esfera de influencia de Rusia y ubicarla en la esfera de influencia atlantista, para evitar una reconstrucción del espacio medio de Eurasia que haga resurgir un polo de poder alternativo. “La extensión de la órbita euroatlántica vuelve imperativa la inclusión de los nuevos Estados independientes ex soviéticos y en particular de Ucrania”, escri-

10 Según observa Malacalza (2022), Kennan, uno de los primeros expertos estadounidenses del Departamento de Estado entrenados en Moscú, señalaba que veía pocas posibilidades de resolver las diferencias con Rusia sino era sobre la base de un franco reconocimiento de las respectivas esferas de influencia.

biría Brzezinski (2004: 120) en otro trabajo. Además, observaba que era fundamental crear un núcleo de seguridad europeo conformado por Francia, Alemania, Polonia y Ucrania. Aunque luego relaje sus posiciones respecto de la incorporación a la OTAN de Ucrania, lo cierto es que en sus obras formalizó algunos elementos centrales de la geoestrategia globalista en clave neo-realista.

Pero también estas ideas están presentes, aunque con otros matices, en la visión neo-conservadora “americanista” que va a primar con George W. Bush a partir del 11 de septiembre de 2001, especialmente en los análisis de Paul Wolfowitz, que consideraba a Rusia todavía demasiado grande:

Ahora nuestra política [después de la caída de la Unión Soviética] debe centrarse en impedir la aparición de cualquier potencial competidor global futuro (...). Como Rusia seguirá teniendo un fuerte poder militar en Eurasia, es necesario debilitar su posición geopolítica de forma permanente e irrevocable. Debemos hacer esto antes que esté en condiciones de recuperarse, por lo tanto, tenemos que atraer a la órbita occidental a todos los Estados que la rodean y que anteriormente fueron parte de la Unión Soviética o que eran parte de su esfera de influencia. (Wolfowitz, *New York Times*, 8 de marzo de 1992).

En estos trabajos se pueden observar tres premisas geoestratégicas para mantener la primacía mundial estadounidense:

- a. Estados Unidos debe asegurar la cabeza de puente euroasiática que es Europa; sin ello quedaría fuera del principal tablero geopolítico mundial, por lo que debe impedirse una autonomía estratégica de dicha región y, por lo tanto, hay que mantener la OTAN y la ocupación militar aunque ya no exista la URSS.
- b. Rusia con Ucrania puede aspirar a ser, nuevamente, una potencia mundial,

mientras que sin Ucrania sería sólo una potencia regional y centralmente asiática, dañando profundamente la posición geopolítica del Estado que domina el corazón continental.

- c. Debe impedirse una integración Euroasiática entre Alemania y Rusia que pueda dar lugar a una alianza que prevalecería sobre el gran continente.

Ya no se trataba sólo de dominar los océanos y el Rimland (en palabras de Spykman) para contener al espacio medio, sino avanzar en el control del propio Heartland, debilitado estructuralmente al Estado principal de ese espacio, eliminando su capacidad de reconstruirse como gran jugador en el tablero del poder mundial.

El primer gran hecho bélico del avance hacia el Este fue la guerra de la OTAN contra Yugoslavia en 1999, en apoyo a los rebeldes separatistas de Kosovo, en nombre del principio de autodeterminación de los pueblos. Paradójicamente, es ese principio el que la propia OTAN no le reconoce a Donetsk, Lugansk y Crimea y esgrime en su lugar el principio de integridad territorial, el cual no respetó en Yugoslavia o no respeta en las Islas Malvinas bajo ocupación británica. La guerra en la ex Yugoslavia —cuyo núcleo era Serbia, cercana a Moscú— incluyó un masivo bombardeo de Belgrado por parte de la OTAN conocido como “Operación Fuerza Aliada”, que duró casi tres meses. Durante la operación fue bombardeada “por accidente” según los Estados Unidos la embajada de China en Belgrado, lo que provocó fuertes reclamos.

En 1999, con una Rusia devastada por la crisis del año anterior, comienzan a incorporarse países a la OTAN. Como se dijo, ello rompe el pacto no formalizado entre James Baker, Secretario de Estado de la administración de G. Bush y Mijail Gorbachov (en el que participaron otros líderes occidentales), de no avanzar con la alianza más allá de la Alemania

reunificada. Desde entonces, y con la guerra en la ex Yugoslavia que cambió definitivamente las relaciones de fuerzas a favor de la OTAN (ya convertida en una alianza expansionista), ingresaron 14 países a la organización: República Checa, Hungría y Polonia en 1999; los países bálticos Lituania, Estonia y Letonia, más Bulgaria, Rumanía, Eslovaquia y Eslovenia en 2004; Croacia y Albania en 2009; y finalmente Montenegro en 2017.

La OTAN avanzó no sólo en países que pertenecían a la esfera de influencia del Pacto de Varsovia, sino también países que formaron parte de la Unión Soviética y que se encuentran en la frontera actual de la Federación de Rusia, lo cual fue considerado como una amenaza de seguridad existencial por Moscú, especialmente cuando dichas incorporaciones incluyeron infraestructura militar. Las líneas rojas se habían quebrado de hecho, pero Rusia no estaba en condiciones de evitarlo.

En contrapartida, a partir de 1997 se inicia un importante acercamiento entre Rusia y China, quienes afirmaron que era necesario avanzar hacia un orden multipolar frente a la unipolaridad y el unilateralismo de los Estados Unidos. Este acercamiento simbolizó un quiebre en la dinámica de conflicto entre ambas potencias desde los años sesenta, que Washington supo aprovechar para aislar a Moscú y derrotar a la URSS en la Guerra Fría. Tiempo más tarde, en el año bisagra de 2001, estas potencias re-emergentes de Eurasia conformaron la Organización para la Cooperación de Shanghai (OCS) junto a los países de Asia central, los primeros pasos de la actual “amistad sin límites” entre China y Rusia que cambió el tablero geopolítico mundial.

Las ideas y los planes para incorporar a la OTAN establecían que ese proceso debía darse entre 2005 y 2010. El camino se inició con la “Revolución naranja” pro-occidental y liberal en el año 2004, desarrollada en Kiev y en el Oeste del país. Este movimiento allanó el camino para la victoria de la coalición liberal ex-

presada en la figura de Viktor Yúshenko, sobre el filo-ruso Viktor Yanukóvich. Como observa Jean-Marie Chauvier (2005), el gobierno de George W. Bush invirtió 65 millones de dólares en favor de Víctor Yúshenko, mientras que la fundación del magnate globalista George Soros prestó su marco a la ex secretaria de Estado estadounidense, Madeleine Albright, para convocar a 280 ONG ucranianas con el fin de garantizar el giro atlantista.

En abril de 2008, con Kiev bajo un gobierno pro-occidental y meses antes de que la caída del Lehman Brothers desate la gran crisis financiera global, George W. Bush presentó la propuesta de incorporar a Ucrania y a Georgia a la OTAN, en una cumbre de la alianza en Bucarest. Frente a ello, el presidente ruso Vladimir Putin respondió lo que ya era harto conocido: “Consideramos la llegada de un bloque militar a nuestras fronteras, cuyas obligaciones de membresía incluyen el Artículo 5, como una amenaza directa a la seguridad de nuestro país”¹¹. Un año antes, en el famoso discurso de la conferencia de Munich, Putin ya había criticado los peligros de un mundo unipolar “en el que hay un solo amo, un soberano”¹². Rusia también se oponía a la decisión de George W. Bush en 2002 de derogar el tratado ABM (Anti-Ballistic Missile) de 1972 –que limitaba el despliegue de esas armas–, a las “revoluciones de color” apoyadas por el Departamento de Estado y las intervenciones unilaterales como las de Irak (Sawka, 2019).

11 DW, Ucrania: el sueño de buscar protección en la OTAN. Disponible en: <https://learnrgerman.dw.com/es/ucrania-el-sue%C3%B1o-de-buscar-protecci%C3%B3n-en-la-otan/a-60735462>

12 Se puede encontrar el discurso completo con subtítulos en español aquí: <https://www.youtube.com/watch?v=5OafKEGu7PM>

Pocos meses después de la propuesta de Bush, en agosto de 2008 se desató la guerra en Georgia, donde las fuerzas armadas rusas y las repúblicas de Osetia del Sur y de Abjasia, se enfrentaron a las fuerzas de las elites pro occidentales que dominaban dicho país caucásico. La guerra se disparó cuando el presidente de Georgia, Mijail Saakashvili, envalentonado por el apoyo de la OTAN, ordenó a sus fuerzas armadas retomar el control del enclave rebelde de Osetia, independiente de facto desde 1992. Sin embargo, la intervención rusa, a pesar de la debilidad mostrada entonces por sus fuerzas armadas, echó por tierra el plan de los Estados Unidos y de las fuerzas georgianas pro-occidentales. Este hecho señaló el primer límite claro al avance de la OTAN hasta las fronteras europeas y caucásicas con Rusia, lo que coincide con un momento bisagra de la transición de poder mundial. Ya la constitución en 2001 de la Organización para la Cooperación de Shanghai había limitado el avance estadounidense en Asia Central, ahora eso también se ponía de manifiesto en el Cáucaso.

Moscú comenzaba a mostrar capacidad y decisión para defender sus líneas rojas. En el mundo post-crisis de 2008, Rusia aparecía como una potencia emergente euroasiática que se había recuperado de la debacle de los años noventa y buscaba recobrar su influencia en los territorios que habían sido parte de la URSS, a través de distintas iniciativas económicas y políticas. Además, la gran potencia nuclear comenzaba a recobrar su poderío militar. Así como la crisis de 2008 marca un momento de quiebre para el avance de la globalización financiera neoliberal y un síntoma de la crisis de la hegemonía estadounidense, el lanzamiento de los BRIC en 2009 (conformado por Brasil, Rusia, India y China, a quienes luego se le uniría Sudáfrica) señalaría un importante paso hacia un orden multipolar y un avance de las fuerzas que presionan hacia una re-distribución del poder y de la riqueza mundial.

Pero las fuerzas globalistas estadounidenses-anglosajonas, acompañado con contra-

dicciones por los grupos y clases dominantes europeas, no dejarían de presionar para lograr sus objetivos en el rediseño de Eurasia. Estos son considerados imperativos estratégicos para mantener la primacía mundial. La otra opción es re-acomodarse a una nueva realidad del poder. Además, en el caso específico de Ucrania, cuentan con un importante apoyo de parte de los grupos de poder dominantes y de la población ubicada en la parte occidental.

Una nueva avanzada se inició con el Euromaidán en noviembre de 2013 y febrero de 2014 cuando terminó por ser destituido, como ya mencionamos, el gobierno ucraniano de Yanukóvich, representante del Partido de las Regiones. En las masivas protestas en Kiev pudo verse en persona a la propia Victoria Nuland, entonces Secretaria para Asuntos Europeos y Euroasiáticos del Departamento de Estado de los Estados Unidos (donde actualmente se desempeña como Subsecretaria de Estado para Asuntos Políticos). Nuland cobró cierta fama cuando en pleno conflicto se filtró un audio en donde debatía con el entonces embajador de los Estados Unidos en Ucrania sobre cómo garantizar el éxito de las protestas y a quién colocarían como sucesor de Yanukóvich. En dicha conversación afirmó en relación con la posición de Europa: “Fuck the European Union.”

Frente a ello, la Federación de Rusia y las fuerzas filo rusas de Ucrania respondieron recobrando el poder formal a través de un *referéndum* de la estratégica Península de Crimea. Por otro lado, los grupos políticos y económicos principales de Donetsk y Lugansk y la insurgencia pro-rusa apoyada por Moscú, declararon a sus provincias repúblicas populares independientes, aunque Rusia no las reconoció oficialmente hasta febrero de 2022. A partir de allí, se desató una cruenta guerra híbrida, donde por el lado de las fuerzas ucranianas comenzaron a cobrar protagonismo los grupos neonazis, como el “regimiento de Azov”, incorporado formalmente a la Guardia Nacional y a

las estructuras militares¹³. No por ello puede afirmarse que todo el gobierno de Kiev es neo-nazi, sino que más bien se trata de un bloque liberal-nacionalista pro-occidental, que buscó aprovechar el apoyo de los Estados Unidos y aliados para resolver el empate hegemónico en Ucrania e incorporó a importantes grupos neonazis en las actividades convencionales y no convencionales de defensa y seguridad, así como en lugares de mucho poder político.

Este avance iba a tener consecuencias profundas e impactos mundiales. En este sentido, frente al escenario que se abre a partir de febrero-abril de 2014 un exponente de la intelectualidad rusa como Vladislav Surkov (2018), estrechamente vinculados al gobierno de Vladimir Putin hasta 2020, analiza que 2014 es el año bisagra para la historia de Rusia, el fin de un camino de acercamiento a Occidente de 400 años. En su texto titulado “*The Loneliness of the Half-Breed*”, afirma que:

Este acontecimiento no es otro que el final del épico viaje de Rusia hacia Occidente, la culminación de sus numerosos e infructuosos intentos de integrarse a la civilización occidental, de unirse a la «buena familia» de los pueblos europeos. Este año 14 de nuestro siglo inauguró una nueva era, de duración aún desconocida, la «era 14+», que nos reserva cien, doscientos, trescientos años, quién sabe, de soledad geopolítica (Surkov, 2018).

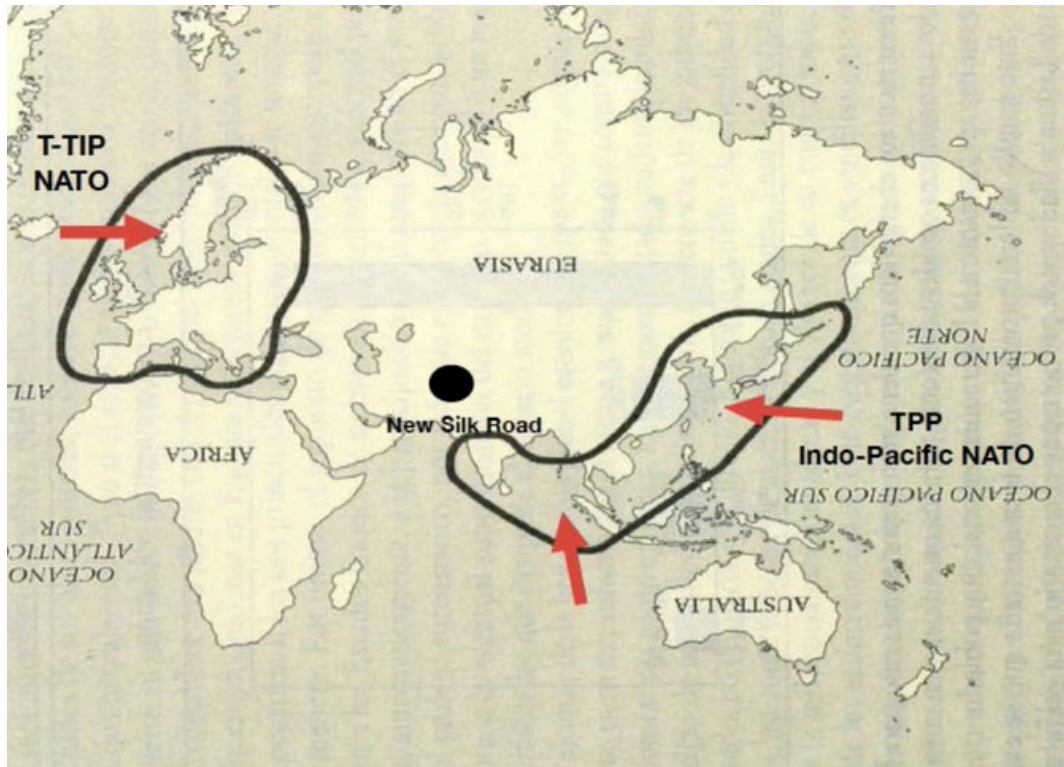
La disputa por Eurasia y la Guerra Mundial Híbrida y Fragmentada

La guerra en Ucrania es un conflicto civil, también interestatal -forma dominante actual-,

pero sobre todo es un conflicto global en donde choca la geoestrategia de los grupos y clases dominantes de los Estados Unidos y el Reino Unido (particularmente los que definimos como globalistas) frente a la geoestrategia eurasiática de Rusia y el ascenso de los poderes emergentes. La primera busca la primacía en Eurasia consolidando y profundizando el control de sus periferias y avanzando desde allí hacia el centro —desde el Rimland hacia el Heartland—. Para ello resulta clave extender la OTAN hacia el Este, hasta la frontera con Rusia, junto con la extensión de la Unión Europea (una unión amplia y difusa, sin centralización de las decisiones políticas y sin autonomía estratégica como pretendían las fuerzas continentalistas de Francia y Alemania). Para reforzar este vínculo también se buscó establecer un acuerdo comercial denominado Transatlantic Trade & Investment Partnership (TTIP) entre los Estados Unidos y la Unión Europea, con el objetivo de consolidar el vínculo con Europa. Por el lado del Indo-Pacífico, la idea era desarrollar una especie de OTAN cuyo núcleo es el QUAD (Estados Unidos, Australia, Japón e India), junto con la implementación Tratado Trans Pacífico (TPP por sus siglas en inglés), que terminó derribando el propio Donald Trump. Además, la secretaria de Estado, Hillary Clinton, impulsó en 2011 el desarrollo de una “Nueva Ruta de la Seda” con centro en Afganistán, antes de que Beijing lanzara su propia iniciativa. El TPP y el TTIP tenían como finalidad, además de consolidar la influencia en esos territorios claves de Eurasia, construir las reglas de juego del capitalismo del siglo XXI en lugar de que lo hicieran otros actores emergentes, según afirmaba el propio Obama y sus funcionarios en alusión directa a China (Merino, 2018). Sin embargo, esta estrategia no logró sus objetivos y los resultados negativos en Irak y Afganistán profundizaron la crisis de hegemonía y los límites del poder estadounidense. Por otro lado, tanto en Ucrania, como en Georgia, pero también en Siria, Rusia volvió a mostrar su condición de potencia re-emergente.

13 Sánchez Sorondo, G. (2022). Paramilitares y grupos neonazis ucranianos: ¿cómo inciden en la guerra? *Telam*, 13 de marzo de 2022. Disponible en: <https://www.telam.com.ar/notas/202203/585959-paramilitares-y-grupos-neonazis-ucranianos-como-inciden-en-la-guerra-y-en-la-paz-del-pais.html>

Mapa 3: Iniciativas para el control de las periferias de Eurasia



Fuente: Anotaciones propias sobre la imagen tomada de Brzezinski (1997).

En aquel 2014 se produce un cambio de fase de la actual transición histórico-espacial contemporánea, que se expresa en la multiplicación de los conflictos bélicos en distintos países, llegando a ser por lo menos una decena los que se situaban en la llamada “zona de inestabilidad” del Gran Medio Oriente, Asia Central y áreas colindantes, incluyendo a Ucrania. En paralelo a los prolegómenos del Euromaidán, China lanza en septiembre de 2013 la iniciativa de la Franja y la Ruta (IFR) durante la visita de Xi Jinping a Kazajistán y luego de estrechar los lazos con Moscú, donde se expresa una visión conjunta, cada vez más convergente y crítica, sobre el orden mundial “occidental” y sobre la necesidad de desarrollar espacios de cooperación propios, en función de nuevos marcos normativos e institucionales (Serbín, 2019: 54-55). Ese mismo año, el gigante asiático había destronado a los

Estados Unidos como principal potencia exportadora de bienes y servicios, profundizando la gran revolución geoeconómica y espacial que contiene la transición del poder hacia Asia Pacífico e Índico. La IFR y otras iniciativas tienden a quebrar las estrategias de contención impulsadas por Washington y a construir una integración euroasiática que es vista como una amenaza para el Norte Global, a la vez que se refuerza la política de “salir hacia el exterior” (“*Go Out policy*”) inaugurada por Beijing en 1999.

Se puede observar que partir de 2014, luego de que estalle la guerra híbrida en el Este de Ucrania, se fortalecen los lazos entre China y Rusia en todos los planos y ello se expresa en el espacio euroasiático con el fortalecimiento de la Organización para la Cooperación de Shanghai —donde se incorporaron India y Pakistán en 2017, e Irán en 2021—, y el desarrollo de los

BRICS como principal espacio de las potencias emergentes. También emergieron nuevas instituciones financieras como el Banco Asiático

de Inversión en Infraestructura, que eclipsan las viejas estructuras dominantes, expresando el avance de un *multilateralismo multipolar*.

Mapa 3: Organización para la Cooperación de Shangai



Verde oscuro: miembros plenos. Verde claro: observadores. Amarillo: socios del diálogo

Fuente: Wikipedia

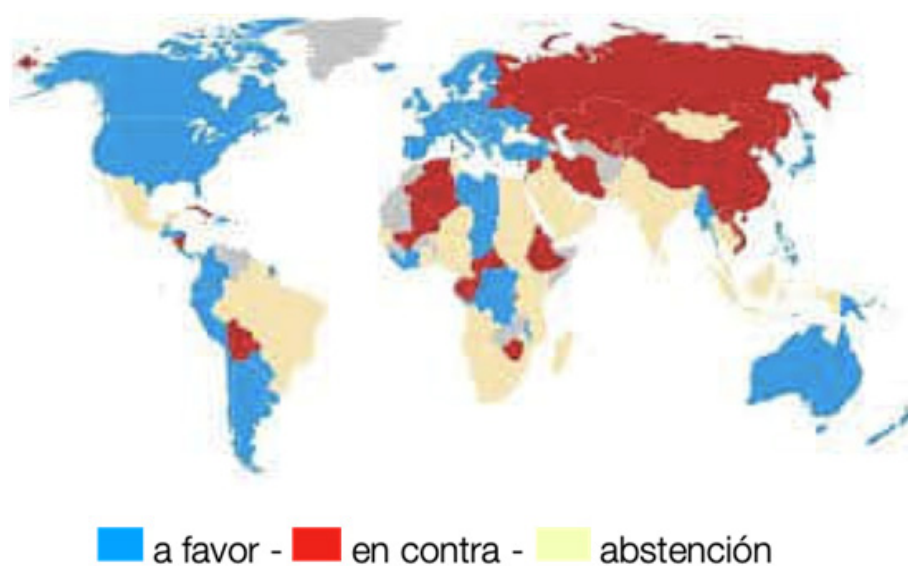
Las potencias emergentes son países semi-periféricos industriales en ascenso, con influencia regional, que disputan con el centro o viejo núcleo orgánico las tareas de comando de la política y la economía mundial. Pero en el caso de China ya posee núcleos como Beijing, Shanghai, Shenzhen y capacidades de centro que han quebrado monopolios que tenía el Norte Global, modificando estructuralmente el mapa del poder económico y la dinámica centro/semiperiferia/periferia. Por su peso, se destacan otros dos poderes emergentes además

de China: Rusia e India. Esta nueva realidad en el mapa del poder mundial y la contradicción estructural que se desarrolla entre el viejo núcleo orgánico de la economía mundial y los poderes emergentes —que se expresa en la tensión entre el G7 y los BRICS— es un elemento clave para entender la crisis de hegemonía anglo-estadounidense. Dicha contradicción se expresó, por ejemplo, en la votación de la ONU para suspender a Rusia en la Comisión de Derechos Humanos por la invasión a Ucrania: el resultado fue 93 a favor de

la suspensión, 58 abstenciones y 24 en contra. Pero si en términos nominales triunfó la suspensión (sólo la UE tiene 27 Estados), los 82 Estados que votaron en contra o se abstuvieron representan más del 65% de la población mundial y mayormente son de Asia y África,

lo que muestra la debilidad del Norte Global y la imagen que irradia sobre la “Comunidad Internacional.”¹⁴ De hecho, el G7 sólo representa al 10% de la población mundial, mientras que el BRICS representa al 42%.

Mapa 4: Votación en la ONU por la suspensión de Rusia en la Comisión de Derechos Humanos



Fuente: ONU

Por otro lado, Rusia es un poder re-emergente y no en declive. Según distintas consideraciones, Rusia es la tercera potencia militar a nivel mundial, es el segundo país en venta de armas, tiene gran capacidad cibernética y es la primera potencia nuclear. Además, es el mayor país exportador de gas del mundo (20% del total), el segundo de petróleo (10%), el primero de trigo (19%), el primero de fertilizantes (15%), el segundo de carbón. También es el tercer productor de oro, el segundo de platino, el cuarto de plata y posee el 30% de los recursos naturales comprobados del mundo. Su importancia económica es sistémica, por lo cual no resulta tan sencillo “cancelar” a Rusia de la economía mundial. Por otro lado, en la era Putin en Rusia se implementó un modelo

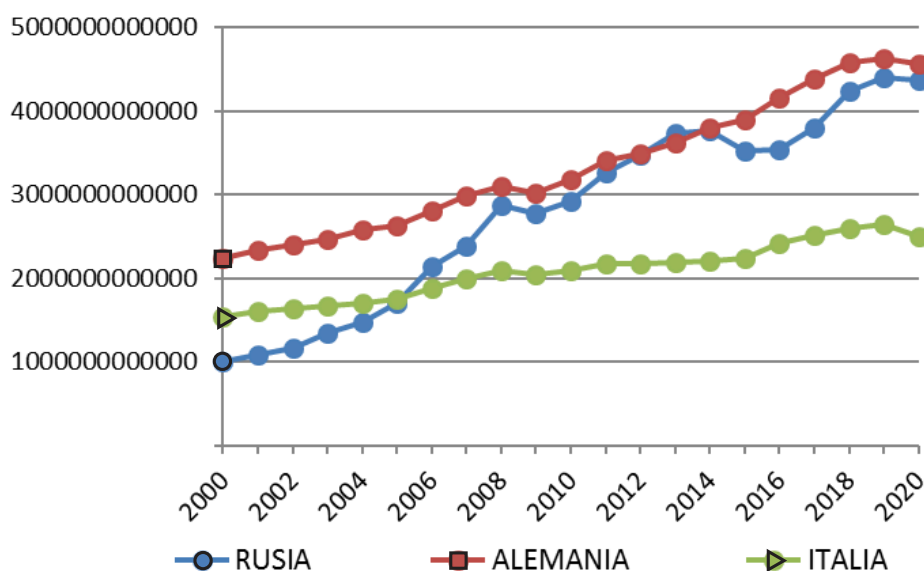
de acumulación con centralidad en las grandes corporaciones de propiedad pública –reestatización de Gazprom, aumento del control estatal del petróleo a través de Rosneft y empresas públicas que dominan entre las 50 principales entidades– que deshizo algunas de las vulnerabilidades del modelo neoliberal, obstruyó la hemorragia de capital y le permitió retener el excedente comercial para facilitar el resguardo de las reservas (Katz, 2022), así como también el apuntalamiento de núcleos estratégicos de

14 En el Sur Global, donde estuvo más dividido el voto fue en América Latina, “patio trasero” de los Estados Unidos, aunque sus dos principales países, Brasil y México, se abstuvieron.

desarrollo. Todo ello explica su capacidad para afrontar la guerra económica. Es decir, Rusia es una potencia central en términos geopolíticos y una semiperiferia económica, pero con enorme peso sistémico, con ciertos núcleos tecnológicos ligados a la defensa de alto desarrollo y un enorme peso mundial en la energía y otras materias primas, sobre las que posee un control soberano. Su PBI a precios de poder adquisitivo es similar al de Alemania (gráfico 3), que en términos geopolíticos es un indicador más pertinente que el PBI nominal —especialmente si las armas e insumos básicos como

la energía y los alimentos no deben adquirirse en el exterior. Además, en pleno desarrollo de la guerra en el Este de Ucrania, Rusia lanzó un bloque económico denominado Unión Económica Euroasiática (UEEA), establecida en enero de 2015 por Rusia junto a Kazajistán y Bielorrusia, a la cual luego se sumaron Kirguistán y Armenia. El bloque posee una quinta parte de los recursos mundiales de gas y el 15% del petróleo, cuenta con una inmensa superficie de 20.229.248 km², tiene 182,2 millones de habitantes y posee un PBI (PPA) de 5.1 billones de dólares.

Gráfico 3: PBI en dólares a precios actuales PPA



Fuente: Elaboración propia con datos del Banco Mundial

Desde 2014, tanto Rusia como los Estados Unidos y aliados desarrollan diversos aspectos de lo que definimos como una Guerra Mundial Híbrida (GMH), fragmentada y de baja intensidad que ahora escaló a intensidad media. Un elemento clave desplegado por Washington y el Norte Global a partir de 2014 fue la guerra económica contra Rusia a partir de sanciones, que sumaban 2.754 antes del 24 de febrero de 2022. Las sanciones golpearon duramente a la economía rusa, cuyo PBI nomi-

nal cayó alrededor de un 40% en dólares entre 2014 y 2016, aunque no lograron derribar al gobierno de Vladimir Putin, ni hacer retroceder estratégicamente a Moscú, que incluso pudo recuperar paulatinamente su economía (gráfico 3) y anexó Crimea. Ello evidenció cierta fortaleza relativa, junto con la capacidad militar de Rusia mostrada en Siria, la dependencia europea de los hidrocarburos y materias primas rusas y el “colchón estratégico” que le da a Moscú el ascenso de China y la nueva

realidad de poder mundial, particularmente en Eurasia.

Los “fragmentos” de esta guerra se expresan en conflictos locales y regionales, articulados con conflictos globales, que involucran a los principales polos de poder mundial de forma directa y en territorios tanto centrales como secundarios. En ese marco, se multiplicaron las guerras en Irak, Afganistán, Libia, Yemen, Siria, Palestina, Mali, Sudán y Somalia, con millones de muertos. Por su parte, la guerra en Ucrania entre abril de 2014 y febrero de 2022 —antes de que se abriera esta nueva fase a partir de la incursión de Moscú— se cobró 14 mil víctimas fatales, principalmente filorosos. Dichos enfrentamientos, se relacionan directamente con cambios estructurales en el mapa del poder regional y mundial. En esta guerra se combinan elementos de la guerra convencional con elementos no convencionales —revoluciones de colores, golpes blandos y guerras no convencionales— y se desarrolla en todos los frentes: económico, tecnológico, financiero, comercial, informático, psicológico, virtual, etcétera. Por ello se habla de guerra comercial, guerra de información, guerra psicológica, ciberguerra, guerra de monedas, guerras financieras, guerra judicial (conocida como *lawfare*), entre otras. Una característica central es que la Guerra Híbrida es completamente difusa: se desdibuja el límite entre lo militar y lo civil, entre el inicio y el fin, entre lo público y lo privado. Y se observa que puede seguir escalando, profundizando los enfrentamientos en todos los niveles, sin que podamos descartar otros escenarios.

En mayo de 2019, se conoció el informe de un importante tanque de pensamiento estadounidense, RAND Corporation, estrechamente ligado al Pentágono y con importante influencia ahora como en la Guerra Fría, que aconsejaba estresar —sobreextender y desequilibrar— la economía y las fuerzas armadas de Rusia, así como también la posición política del régimen en el país y en el extranje-

ro (RAND, 2019). Bajo la máxima de que Rusia nunca es tan fuerte ni tan débil como parece, el “*think tank*” analiza en dicho documento un conjunto políticas a seguir contra Rusia propias de la GMH, con sus costos y beneficios, muchas de las cuales ya se venían ejecutando: expandir la producción energética de los Estados Unidos para bajar los precios y así estresar la economía rusa, aplicar sanciones económicas, disminuir la dependencia energética de Europa con Rusia, fomentar la emigración de mano de obra calificada en Rusia, socavar la imagen de Rusia en el extranjero y proporcionar ayuda letal a Ucrania (financiar a Kiev en su conflicto con el Kremlin), pero no intervenir en una guerra directa ya que Rusia tendría ventajas.¹⁵

La conclusión fundamental del informe es que la mayor vulnerabilidad de Moscú en relación a los Estados Unidos, es su economía, que es comparativamente pequeña y altamente dependiente de las exportaciones de energía, por lo cual ese debe ser el terreno fundamental de la guerra contra Rusia. Por otro lado, observa que la mayor ansiedad de los líderes rusos se deriva de la estabilidad y la durabilidad del régimen, y que las mayores fortalezas de Rusia se encuentran en el terreno militar y en la guerra de información. Sin embargo, con Donald Trump en el gobierno y su geoestrategia nacionalista-americanista apuntando hacia una “Nueva Guerra Fría” contra China y

15 Sobre este punto, dice textualmente: “Proporcionar ayuda letal a Ucrania explotaría el mayor punto de vulnerabilidad externa de Rusia. Pero cualquier aumento en las armas militares de los Estado Unidos y el asesoramiento a Ucrania tendrían que ser cuidadosamente calibrados para aumentar los costos para Rusia de mantener su compromiso actual sin provocar un conflicto mucho más amplio en el que Rusia, debido a la proximidad, tendría ventajas significativas.”

contra Irán en Medio Oriente, había menores condiciones para escalar este conflicto, algo que cambiará con Joseph Biden.

Importantes cuadros políticos e intelectuales estadounidenses advertían contra la escalada, entre ellos el propio Kissinger (2014), quien recomendaba que Ucrania no debería unirse a la OTAN, aunque podría unirse la Unión Europea; Kiev debería reforzar la autonomía e independencia política en Crimea y respetar la total autonomía e independencia de sus elecciones internas; y eliminar cualquier duda o ambigüedad sobre el «estatus» oficial de la flota rusa en el Mar Negro en Sebastopol. Las propuestas tenían como fin evitar un enfrentamiento violento y que Rusia se acerque más a China, y estaban en línea con los acuerdos de Minsk que los Estados Unidos nunca quiso reconocer. Por el contrario, los grupos de poder dominantes en Washington y especialmente las fuerzas globalistas no escucharon al viejo estratega que fue clave para el triunfo estadounidense de la Guerra Fría. En sus principales medios —*The Washington Post*, *CNN*, *Financial Times*, etcétera— a partir de 2014 se comenzó a hacer referencia a una “Nueva Guerra Fría” contra Rusia y se instó a no ceder en sus aspiraciones sobre Ucrania. La crisis de acumulación post-2008, y el rediseño del capitalismo transnacionalizado, imponía como salida, según estas perspectivas, la subordinación de los poderes emergentes y una lucha por poner las reglas de juego del siglo XXI.

La escalada y los objetivos

Con la asunción de Joseph Biden era esperable un recrudecimiento del conflicto en este territorio pivote de Eurasia. No sólo por la llegada de Antony Blinken y Victoria Nuland al Departamento de Estado, sino porque el propio Biden fue un protagonista central de la estrategia globalista de avanzar sobre el control de las periferias euroasiáticas hasta las fronteras de China y Rusia, e incluso amenazar su integridad territorial azuzando sus conflictos

internos. Con la pandemia actuando como elemento que aceleró las tendencias de la actual transición de poder mundial, estas fuerzas buscan frenar dichas tendencias y revertirlas, pero con otro enfoque distinto al dominante con Trump.

En junio de 2020, con un gobierno de Trump ya debilitado, la OTAN decidió otorgar a Ucrania el estatus de “Socio de Oportunidades Mejoradas”, que legitima la resolución adoptada por Kiev unos meses antes para avanzar en la membresía plena de la OTAN. Además, el gobierno de Zelensky continuó implementando reformas en los sectores de seguridad y defensa en función de los estándares de la OTAN, cuya presencia en materia de armamento, entrenamiento e inteligencia comienza a ser considerable desde entonces (Tooze, 2022).

En agosto de 2021, se produce una reunión de la OTAN en Kiev, a la que asisten representantes de 46 países (16 aliados extra-OTAN), en la cual se firma la “Plataforma de Crimea”, exigiéndole a Rusia la “devolución” de dicha península estratégica, poniendo en duda el estatus de la flota rusa en el Mar Negro. En esa reunión quedó completamente claro que no se iban a admitir ningunas de las demandas de Moscú y de las autoproclamadas repúblicas pro-rusas, como la neutralidad de Ucrania, el reconocimiento de la soberanía rusa sobre Crimea o la mayor autonomía para las provincias independentistas del Donbas, según lo estipulado en los acuerdos de Minsk. Esta reunión junto con los hechos que se venían sucediendo desde 2020, llevaron a Moscú a una escalada a partir de septiembre, localizando una importante cantidad de tropas en la frontera ucraniana.

En paralelo, y pese a las presiones de Washington y del Reino Unido, en septiembre de 2021 se terminó la construcción del gasoducto NordStream 2 que une a Rusia con Alemania por el Báltico, sin pasar por ningún Estado tapón. A partir de allí, el gasoducto debía entrar

en etapa de certificación para comenzar a operar, lo que iba a aumentar la interdependencia energética entre Rusia y Alemania (que hasta 2021 adquiriría de Rusia el 50% del gas), con inevitables consecuencias geopolíticas. Estas chocan con el imperativo geoestratégico central del *establishment* anglo-estadounidense: mantener divididos a Berlín y Moscú.

Un mes después *The Washington Post* publica que, según informes de inteligencia, Rusia iba a invadir Ucrania. Con ello se refuerza la presencia militar e inteligencia de los Estados Unidos y el Reino Unido en el terreno y aumenta la provisión de entrenamiento y armamento a las fuerzas armadas ucranianas, las cuales intensificaron sus acciones sobre los rebeldes filo-rusos del Donbás, preparándose para una embestida masiva con el objetivo de terminar con los planes de las repúblicas insurgentes apoyadas por Moscú.

En diciembre de 2021, el ministro de Defensa de Ucrania, Andrii Taran, anunció que Ucrania esperaba recibir un Plan de Acción de Membresía (MAP) de la OTAN en la próxima cumbre de la alianza. “Creemos que la incorporación de Ucrania y Georgia a la Alianza sería la decisión correcta para la OTAN [...] tendrá un impacto significativo en la seguridad y estabilidad euroatlántica, en particular en la región del Mar Negro” (Tooze; 2022). En el escenario descrito, las declaraciones fueron nafta al fuego.

A comienzos del mes de febrero, se conocieron documentos que buscaban evitar la guerra. Estados Unidos revisaría la instalación de misiles si Moscú daba un paso atrás en Ucrania. Pero se negaba a la petición de Rusia de establecer un compromiso formal de la neutralidad de Ucrania y a instar a que Kiev desista de la política de ucranianización en el sur y en el este ruso-filo del país y el apoyo a los ultra-nacionalistas “neonazis”. Si bien Francia y Alemania podían acordar con varios planteos de Moscú, su debilidad estratégica impidió que se opongan al accionar de

Washington. El 19 de febrero y frente a las maniobras de Moscú en las fronteras ucranianas, con ejercicios conjuntos con Bielorrusia iniciados días previos con una gran cantidad de tropas, Zelenski afirmó que a falta de las “garantías de seguridad” se podría retirar del Memorándum de Budapest de 1994 y reconsiderar su renuncia a poseer armas nucleares. A los dos días, el 21 de febrero, Rusia le respondió reconociendo la independencia de las Repúblicas de Donetsk y Lugansk y el 24 de febrero —el mismo día de la destitución de Yanukóvich, pero ocho años después— Putin ordenó iniciar la “operación militar especial” sobre el territorio ucraniano para “defender” estas repúblicas, parar el “genocidio” sobre la población filo-rusa y “desmilitarizar” y “desnazificar” dicho Estado. Frente al despliegue de las acciones para sobre-extender y desequilibrar a Rusia y la ruptura de varias “líneas rojas”, Moscú decidió duplicar la apuesta y escalar en el terreno militar convencional, donde considera que posee mayor fortaleza.

Por el lado de los intereses geopolíticos anglo-estadounidenses, la escalada del conflicto y la invasión de Rusia tiene puntos positivos. Lograron frenar el gasoducto Nordstream 2 y fracturar profundamente las relaciones entre Rusia y Europa. Además, se detuvo la idea franco-alemana de avanzar hacia una mayor autonomía estratégica con respecto al polo anglo-estadounidense y conformar unas fuerzas armadas propias a nivel continental que permita convertir a la Europa del Euro en un jugador geopolítico global. Por el contrario, terminó reforzándose la subordinación a Washington. Además, la OTAN vuelve a cobrar centralidad, se incorporarían a la alianza Suecia y Finlandia y la permanente demanda de los Estados Unidos para que los países europeos aumenten el gasto militar se hizo realidad. Ello unificó a “Occidente” y el Norte Global bajo el mando estadounidense, aunque aparecen en el horizonte problemas al respecto: resulta sintomático que el CEO de

Volkswagen pida terminar la guerra, acordar la paz con Rusia y separar la estrategia europea de la estadounidense¹⁶, ya que Europa es el gran “perdedor” en esta guerra y especialmente Alemania. Sin embargo, ello hasta ahora no ha tenido suficiente impacto político estratégico.

Estados Unidos también logró mayor legitimidad y apoyo para profundizar la guerra económica contra Rusia, que sin dudas tiene y tendrá un gran impacto negativo para su economía —se estima una caída de 4% del PBI y una inflación de 17% para 2022—. Sin embargo, Moscú pudo afrontar sus escenarios más adversos (no hubo una estrepitosa caída de unos 20 puntos como se estimaba al principio de la guerra) y no hay en el horizonte inmediato una situación favorable a un cambio de régimen como impulsaba Washington. En el corto plazo no hay forma de sustituir completamente la venta de energía rusa a Europa por otros mercados, ya que se requieren las infraestructuras necesarias. Ello también es cierto a la inversa: hasta el año pasado Rusia proveía el 41% del Gas, 27% del Petróleo y 47% del carbón que consumía Europa. Los 189bcm de gas ruso que envió a Europa en 2020 no se consiguen en cualquier lado (los Estados Unidos envió 22bcm en 2021), pero tampoco Rusia puede redireccionar rápidamente el 78% de sus exportaciones de gas, aunque se hayan acelerado los acuerdos y las obras de infraestructura con China y también acuerdos con India. En el transcurso de 2022, China aumentó 75% las importaciones de petróleo, gas y carbón de Rusia, y la India está comprando más hidrocarburos rusos y anunció que va a comprarle a Rusia el carbón que Europa embargó (además lo hará en yuanes). Asimismo, Rusia, India e Irán lanzaron el corredor Pérsico, una ruta desde San Petersburgo

a Bombay para sortear la ruta marítima por el canal de Suez y el Mar Mediterráneo.

Las fuerzas globalistas anglo-estadounidenses parecerían no estar logrando el objetivo de debilitar lo suficiente a Rusia para anularlo como jugador geoestratégico, objetivo que en palabras del Secretario de Defensa de los Estados Unidos, John Austin III, para la opinión pública aparece como “ver a Rusia debilitada hasta el punto de que no pueda hacer el tipo de cosas que ha hecho al invadir Ucrania” (o, podríamos agregar, defender sus posiciones en Europa del Este, el Cáucaso, en Medio Oriente, en Asia central, etcétera) y “hacer de esta invasión un fracaso estratégico para Rusia.”¹⁷

Por su parte, Rusia demostró que sus líneas rojas no son meramente retóricas, que posee la decisión y la capacidad para actuar y hacerlas cumplir, como desde 2008. La “operación militar especial” de Rusia está, en este sentido, en relación a cuatro objetivos: a) imponer una Ucrania neutral, por fuera de la OTAN y desmilitarizada (especialmente sin infraestructura militar de la OTAN y sin desarrollo nuclear); b) “Desnazificar” Ucrania, que significa debilitar a los grupos ultra-nacionalistas anti rusos, su capacidad militar y paramilitar y su influencia en el Estado ucraniano; c) diluir las amenazas sobre el control de Crimea y lograr el reconocimiento de la soberanía rusa; d) garantizar la independencia de Donetsk y Lugansk, una vez reconocidas como repúblicas independientes, asociadas a la Federación de Rusia. El objetivo operacional principal que se observa es el control militar de todo el territorio del Donetsk y Lugansk —el Donbas—, y del puente terrestre de Crimea al Donbas, que incluye las provincias de Jersón y Zaporíyia. Buena parte del objetivo operacional lo

16 Jorge Castro, “Volkswagen exige terminar con la guerra de Ucrania”, *Clarín*, 22 de mayo de 2022.

17 CNN, 26 de abril 2022. Disponible en: <https://cnnespanol.cnn.com/2022/04/26/debilitar-rusia-secretario-defensa-cambio-estrategia-biden-ucrania-trax/>

está consiguiendo, aunque las contraofensivas ucranianas apoyadas por la OTAN lo ponen en riesgo. A las fuerzas rusas y pro-rusas les resta avanzar sobre una porción del territorio de Donetsk para garantizar el Donbas y ya tiene el control efectivo aproximadamente de la quinta parte del territorio de Ucrania antes de 2014, donde habitaban unas 11,3 millones de personas. Ello le permitiría tener cierta fortaleza relativa para buscar conseguir los objetivos políticos en una hipotética mesa de negociaciones. Pero no está tan claro.

El fortalecimiento del rublo en plena profundización de la guerra económica (que incluso está en un valor más alto que antes de la guerra), es otra victoria parcial para Moscú. Especialmente porque la guerra económica llegó a niveles máximos con la expulsión de la mayoría de las entidades rusas del sistema de pagos internacionales SWIFT y la triplicación del número de sanciones para aislar a Rusia de la economía global. Además, el bumerán de la guerra económica contra Rusia, con un exorbitante aumento de los precios de la energía y los alimentos está siendo muy negativo para Europa y los Estados Unidos (aunque favorable para las corporaciones energéticas y comercializadoras), horadando la legitimidad política de los gobiernos atlantistas. Por otro lado, como en otras ocasiones, Rusia tiene como cartas al “General invierno” (que puede debilitar la resistencia ucraniana y a la posición europea hacia enero de 2023) y una posible derrota de los demócratas en las elecciones de medio término en los Estados Unidos.

En Moscú consideran que las tendencias a largo plazo les favorecen –aunque analizan que hay que resistir los próximos 10 años– y que se encuentran en una posición de fortaleza. Además del análisis estructural, los elementos para alimentar estas conclusiones son la recuperación económica desde 2018 a pesar de las fuertes sanciones y la guerra económica en su contra, las capacidades militares mostradas en Siria y en otros escenarios donde frustraron los

objetivos de Washington y aliados, la exitosa “recuperación” o “anexión” de la Península de Crimea, el avance en los acuerdos con China post-2014 y la aceleración del declive relativo de los Estados Unidos y las potencias atlantistas simbolizada en la retirada de Afganistán, que contrasta con el ascenso de potencias emergentes, entre otras cuestiones. Bajo este diagnóstico, en Moscú consideran no sólo que no van a aceptar un avance de la OTAN en su esfera de influencia y quedar bajo una gran vulnerabilidad geopolítica, sino que incluso analizan que hay condiciones para discutir el diseño de seguridad europeo y el avance de la OTAN que se produce desde 1997-1999. En otras palabras, para Moscú el cambio en las relaciones de fuerzas que viene produciéndose desde 2008 debe corresponderle otro reconocimiento de los intereses rusos y un rediseño en la arquitectura de seguridad. En este sentido, el destacado intelectual ruso cercano al Kremlin Seguei Karaganov (2022), propone el concepto de *destrucción constructiva* con el fin de destruir y rehacer el esquema de seguridad europeo. Y agrega:

El *ultimátum* que Rusia emitió a EE. UU. y la OTAN a fines de 2021, exigiendo que dejaran de desarrollar infraestructura militar cerca de las fronteras rusas y la expansión hacia el este, marcó el comienzo de la “destrucción constructiva”. El objetivo no es simplemente detener el decaído, aunque realmente peligroso, impulso geoestratégico de Occidente, sino también comenzar a sentar las bases para un nuevo tipo de relaciones entre Rusia y Occidente, diferente de lo que establecimos en la década de 1990 (Karaganov, 2022).

Pero lo que resulta más importante aún, es que según expresa Karaganov y se observa en los discursos oficiales de Rusia, en tanto Occidente está en un lento pero inevitable declive y los intereses de Rusia no son considerados, la vía occidental debería volverse secundaria a su diplomacia euroasiática. Incluso afirma que no

resulta tan importante en sí Ucrania, más allá de las cuestiones de seguridad, sino que “sería mucho más efectivo invertir en el Este, en el desarrollo de Siberia (...) Fue la incorporación de Siberia bajo Iván el Terrible lo que convirtió a Rusia en una gran potencia, no la adhesión de Ucrania bajo Alekséi Mikhaylovich [Alejo I] apodado el más pacífico (*sic*).” Para Rusia, el horizonte estratégico fundamental pasaría por volcarse con más fuerza hacia Asia, proveer de energía y otras materias primas a China, India y al sudeste asiático (las grandes plataformas industriales en ascenso), aprovechar su ubicación como gran puente euroasiático y próxima gran ruta marítima por Ártico y, sobre todo, tener capacidad para resistir una década de declive agresivo de los Estados Unidos y de Occidente.¹⁸

Reflexiones finales

Como es habitual en los últimos siglos, hoy se vive nuevamente una guerra en Europa. La Gran Llanura Europea y el Mar Negro, bisagras euroasiáticas, vuelven a ser territorios claves en la disputa de poder regional y mundial. Se trata de un conflicto que articula una fractura constitutiva del Estado ucraniano en situación de empate catastrófico; una puja inter-estatal entre Moscú y Kiev que tiene como clave la creciente influencia rusa en parte del espacio post-soviético y la orientación pro-occidental de las fuerzas dominantes en Kiev post-2014; y un conflicto regional en relación a la crisis del sistema de seguridad europeo. Sin embargo, la dimensión mundial del con-

flicto es la escala fundamental para comprenderlo. Es decir, se trata ante todo de un conflicto global, donde se enfrentan Rusia contra la OTAN, produciéndose un choque de estrategias antagónicas con 25 años de despliegue: el globalismo expansionista atlantista *versus* el nacionalismo eurasianista ruso.

Esta guerra no comenzó en febrero de 2022 sino en abril de 2014, abriendo una nueva fase de la crisis del orden mundial y el desarrollo de una GMH (no una Nueva Guerra Fría). Ahora la guerra en Ucrania escaló a un nuevo nivel y formato, expresando un cambio cualitativo, mientras que la GMH también escaló a un nuevo nivel. El impacto de la pandemia en el mapa del poder mundial produjo un nuevo momento geopolítico y, como desde 2014, Ucrania es un escenario clave de este conflicto sistémico entre las fuerzas dominantes del viejo orden mundial, construido bajo la hegemonía anglo-estadounidense —cuyos grupos de poder y clases dominantes se niegan a perder la primacía mundial y a aceptar una nueva distribución del poder mundial—, y las fuerzas y poderes emergentes que, bajo diferentes proyectos y estrategias, se enfrentan a dicha hegemonía en crisis y presionan por un nuevo orden que implique una redistribución del poder y la riqueza mundial. En este caso en particular, está en juego el proyecto eurasianista ruso que, luego de la reconstrucción del poder nacional-estatal durante la era Putin y su fortalecimiento relativo, logró recuperar parte de la influencia perdida en el espacio post-soviético, establecer asociaciones euroasiáticas y globales, y construir un bloque como la UEEA que trazan un nuevo mapa de poder y frustrar los planes de Washington en varios territorios y esferas de poder.

La gran pregunta es si el devenir de la guerra va a implicar un freno las tendencias de la transición histórica-espacial contemporánea y de la aceleración que se produjo a partir de la Pandemia, golpeando a los poderes emergentes y re-fortaleciendo al viejo polo dominante,

18 Karaganov (2022) considera que en una década o antes, se construirá un nuevo sistema de seguridad y cooperación internacional que incluirá esta vez a toda la Gran Eurasia, y se basará en los principios de la ONU y el derecho internacional, no en ‘reglas’ unilaterales que Occidente ha estado tratando de imponer al mundo en las últimas décadas.

o al contrario. El conflicto está curso, pero si en el primer mes de la “operación militar especial” lanzada por Rusia en los analistas y medios occidentales hegemonizaba la primera opción y parecía hacerse realidad la consigna con la que asumió Biden “America is back”, así como la idea de propinar a Rusia una derrota estratégica y anular a Moscú como gran jugador geoestratégico euroasiático, hoy se ve con mayor claridad que la realidad parecer ser diferente y, como sucedió a partir de 2014, se está acelerando el Cambio de Época. En otras palabras, pareciera que lejos de detener el desarrollo de una situación de multipolaridad relativa en el mapa del poder mundial y revertir la crisis de hegemonía estadounidense, la escalada del conflicto en Ucrania profundiza dichos procesos, consolida el ascenso de China y un conjunto de asociaciones estratégicas con centro en Eurasia, pero de escala global; y confirma que ya nos encontramos en una etapa de “caos sistémico”.

Referencias bibliográficas

- Brzezinski, Z. (1998). *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*. Buenos Aires: Paidós.
- Brzezinski, Z. (2004). *The Choice: Global Domination or Global Leadership*. New York: Basic Books.
- Chauvier, J. (2005). Las múltiples piezas del tablero ucraniano. *Le monde diplomatique*.
- Cox, R. (1992). Multilateralism and World Order. *Review of International Studies*. Vol. 18, Núm. 2: 161-180.
- Duguin, A. (1997). *Fundamentos de geopolítica: el futuro geopolítico de Rusia*. Moscú: Arktogeta.
- Fiori, J. L. (2009). *De la Guerra. SinPermiso / Carta Maior*. 20 de septiembre de 2009. Disponible en: <https://www.sinpermiso.info/textos/de-la-guerra>
- García Linera, A. (2008). *La potencia plebeya*. Buenos Aires: Prometeo Libros - CLACSO.
- Goncharova, G., Montaner Frutos, A.; Ryzhykov, V. (2014). La cuestión ucraniana: lo que Europa se niega a saber. *El Cronista del Estado Social y Democrático de Derecho*. Núm. 45: 4-31.
- Haushofer, K. (1986). *De la géopolitique*. (Prefacio de J. Klein e Introducción de H.-A. Jacobsen). París: Fayard.
- Ishchenko, V. (2022). *A Ukrainian Sociologist Explains Why Everything You Know About Ukraine Is Probably Wrong* / entrevistado por Branko Marcetic. Jacobin, 2 de febrero de 2022. Disponible en: <https://jacobinmag.com/2022/02/us-russia-nato-donbass-maidan-minsk-war>
- Karaganov, S. (2022). De la destrucción constructiva al reensamblaje. *Russia in Global Affairs*. Vol. 20, Núm. 2: 52-69.
- Kennan, G. (1997). A fateful error. *New York Times*. February 5. Disponible en: <https://www.nytimes.com/1997/02/05/opinion/a-fateful-error.html>
- Kissinger, H. (2014). To settle the Ukraine crisis, start at the end. *The Washington Post*. 5 de marzo de 2014. Disponible en: https://www.washingtonpost.com/opinions/henry-kissinger-to-settle-the-ukraine-crisis-start-at-the-end/2014/03/05/46dad868-a496-11e3-8466-d34c451760b9_story.html
- Mackinder, H. (2010 [1904]). El pivote geográfico de la historia. *Geopolítica(s)*. Vol. 1, Núm. 2: 301-319.
- Malacalza, B. (2022). Los tres febreros: crónica de un cerco. *Cenital*. 26 de febrero de 2022. Disponible en: <https://cenital.com/los-tres-febreros-cronica-de-un-cerco-2/>
- Marshall, T. (2015). *Prisioneros de la Geografía*. Ediciones Península.
- Merino, G. E. (2015). *Luchas por la conducción del Estado en Argentina entre 1999 y 2003: El Grupo Productivo y el cambio del modelo*. Misiones: EdUNaM. Editorial Universitaria de la Universidad Nacional de Misiones.
- Merino, G. E. (2016). Tensiones mundiales, multipolaridad relativa y bloques de poder en una nueva fase de la crisis del orden mundial. *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder*. 7(2): 201-225.

- Merino, G. E. (2018). Los tratados comerciales y las luchas globales en la era Trump. *Realidad económica*. (313): 9-40.
- Merino, G. E. (2021a). Nuevo momento geopolítico mundial: la Pandemia y la aceleración de las tendencias de la transición histórica-espacial contemporánea. *Estudios Internacionais*. Vol. 9, Núm. 4.
- Merino, G. E. (2021b). *El ascenso de China y Eurasia*. En M. F. Staiano y N. Molina-Medina (Coords.), *El centenario del partido comunista de China (1921-2021)*. Mérida: AVECH; Ce-Chino; ULA ; CEAA.
- O'Donnell, G. (1978). Apuntes para una teoría del Estado. *Revista Mexicana de Sociología*. Vol. 40, Núm. 4: 1157-1199.
- Otálora Sechague, J. D. (2019). La Ucrania post-soviética a la luz de la geopolítica crítica. *Estudios Internacionales*. 51(193): 131-158.
- Rand Corporation (2019). *Overextending and Unbalancing Russia*. Disponible en: https://www.rand.org/pubs/research_briefs/RB10014.html
- Renan, E. (1987 [1882]). *¿Qué es una nación? Cartas a Strauss*. Madrid: Alianza.
- Sakwa, R. (2019). El mundo visto desde Moscú. *Le Monde Diplomatique*. Núm. 244. Disponible en: <https://www.eldiplo.org/244-el-pais-que-tiene-en-la-cabeza/el-mundo-visto-desde-moscu/>
- Serbín, A. (2019). *Eurasia y América Latina en un mundo multipolar*. Buenos Aires: Icaria Editorial - Ediciones CRIES.
- Spykman, N. (1942). *America's Strategy in World Politics: The United States and the Balance of Power*. New York: Harcourt, Brace & Co.
- Spykman, N. (1944). *The Geography of the Peace*, ed. Helen R. Nicholl. New York: Harcourt, Brace & Co.
- Surkov, V. (28 de mayo de 2018). *The Loneliness of the Half-Breed. Russia in Global Affairs, Foreign Policy Research Foundation*. Disponible en: <https://tinyurl.com/y9ecszve>
- Tooze, A. (2022). Putin's Challenge to Western hegemony. *Chartbook*. Núm. 68. Disponible en: <https://adamtooze.substack.com/p/chartbook-68-putins-challenge-to?fbclid=IwAR27wW4ATtHETeyzXeWf9y9kmZUkPzsLsihbeFpocQUmZtLG9R2C1RfGMk>
- Wolfowitz, P. (1992). Defence Planning Guidance. *New York Times*. 8 de marzo de 1992.